



Unione Superiori Generali
Via dei Penitenzieri, 19
00165 Roma

Unione Internazionale Superiore Generali
P.zza di Ponte S. Angelo, 28
00186 Roma

**RESPUESTA A LOS NUEVOS MOVIMIENTOS EN LA VIDA
RELIGIOSA
UNA EXPERIENCIA FRANCISCANA**

Ilia Delio, OSF



Cuando el Vaticano II invitó a las congregaciones y órdenes a volver al origen de sus carismas, los Franciscanos descubrieron sus raíces en la tradición del despertar evangélico de la Edad Media. A través de un estudio crítico de textos, los Franciscanos llegaron a identificar su camino de vida como una vida evangélica. Sabemos que ni la oración ni el trabajo definen el corazón de esta vida, más bien esta vida evangélica consiste en vivir como persona en relación. Es una vida centrada en el seguimiento de Jesucristo y en hacer que Cristo viva en el mundo. De aquí que el sentido de la vida no es cómo oramos o lo que hacemos, sino cómo vivimos la experiencia de la presencia de Dios a través de Cristo. Por eso la espiritualidad Franciscana es, ante todo, profundamente secular porque la centralidad de la Encarnación refleja la bondad inherente en el mundo; el mundo no es pobre, sino rico de la bondad de Dios. Nuestro llamado nos pide dar un nombre al bien que existe, identificarse, como hermana o hermano, con lo que hay de bueno, y ayudar a que Cristo nazca como el centro y meta de esta creación.

El deseo de vivir la vida Franciscana de manera evangélica en un mundo tan complejo y global nos llevó a una hermana y a mí a empezar, hace unos años, una nueva vida comunitaria. Nuestra intención no era repetir las antiguas formas de vida religiosa en este mundo nuevo; más bien buscábamos – y buscamos todavía - nuevas formas de relacionarnos con el mundo como

mujeres centradas en el Evangelio. Hay varias razones que están al origen de esta búsqueda.

- 1) La forma actual de vida religiosa, básicamente monástica en su estructura, se impuso desde sus orígenes como un estilo de vida alternativo a un mundo en perpetua mutación, fundándose en la conciencia de un orden estático, fijo e inmutable. Consideramos que la forma tradicional de la vida religiosa como sistema cerrado no puede acoger de manera adecuada la novedad de Dios que irrumpe en el mundo marcando el futuro.
- 2) Hemos entrado en una nueva era de concientización marcada por la tecnología y los medios de comunicación que se caracteriza por la evolución, la complejidad, la apertura a nuevas ideas, la comunidad, la ecología y una conciencia global. El rasgo más significativo de nuestra época es la evolución. Vivimos en un universo antiguo, dinámico y en expansión, con un futuro de millones de millones de años. Es un universo incompleto en el cual Cristo es siempre un devenir. Cristo es quien orienta la evolución, es el Punto Omega, la meta del universo. Nosotros, los humanos, estamos en el centro de ese universo, de ahí que nuestras opciones y acciones den forma al futuro del universo en evolución.
- 3) Porque estamos en el universo en evolución, creemos que como Franciscanas debemos comprometernos en este mundo laico porque Dios nace en él y no fuera de él. El Dios que nos llama desde el futuro es el Dios que nace en el interior. Comprometerse con la vida laical significa, para nosotras, no distinguirnos por el vestido, ni por el trabajo, ni por nuestra seguridad económica. Nuestra meta es compartir la condición humana, porque es precisamente en la solidaridad entre las personas donde descubrimos la bondad de Dios que resplandece en la fragilidad de la humanidad.

Como Franciscanas que buscan dar a luz a Cristo en el mundo, nos dedicamos a la oración y a la contemplación. No podremos ver a Dios encarnado si antes no vemos a Dios en nuestro corazón humano. Por eso consideramos que la soledad, la oración y el silencio son dimensiones

importantes de nuestra vida cotidiana. Una vez por semana nos reunimos para compartir nuestra oración contemplativa y nos esforzamos en vivir nuestra vida cotidiana, en este mundo tan agitado, desde lo más profundo de nuestro corazón.

Creemos que el llamado más importante para la vida franciscana, hoy, es el llamado a hacer que Cristo viva. Éste es nuestro único voto: vivir la cristogénesis, que para nosotras significa dar a luz a Cristo desde nuestro interior. Buscamos vivir este voto de pobreza en espíritu (de interdependencia), atentas al Espíritu (discernimiento) y con pureza de corazón (unidad de corazones). Nuestro objetivo no es hablar de Jesucristo, ni predicar el Evangelio o buscar convertir a los demás, sino tender hacia la paz y la integridad de nuestra vida para después poder derramar, en el mundo, esa integridad que consideramos la dinámica del catolicismo, contribuyendo, así, a recrear la unidad ahí donde se dan las divisiones. El modelo de la vida de Jesús es fundamental en la vida franciscana, especialmente los valores del perdón, la reconciliación, el amor compasivo y la paz.

Para nosotras, la comunidad consiste en cuestionarnos y apoyarnos mutuamente en nuestro caminar por este mundo; no implica necesariamente vivir juntas bajo un mismo techo, sino reunirnos regularmente para compartir nuestra visión y nuestro compromiso a vivir una vida evangélica. Creemos que la comunidad es salvífica porque alimenta la vida del Espíritu. En definitiva, la salvación pertenece al Espíritu que nos introduce en el corazón de la Trinidad. De ahí que la salvación requiere que vivamos abiertas al Espíritu y a Su amor sanador en nuestra vida. La Comunidad nos incita a abrirnos al Espíritu y a la mutua dependencia de nuestra fragilidad humana para lograr la integridad. Ser salvadas significa vivir una vida sana en un cosmos sano. Por eso nuestra vida comunitaria Franciscana debe alimentar nuestra salud física, mental y espiritual ayudándonos a llegar a ser un todo integral y poder, así, contribuir a recrear la unidad donde hay divisiones.

Creemos que Cristo es la razón de ser y el fin de este universo en evolución. Cristo es el primero, según el deseo de Dios, en amar y crear; por lo tanto nuestra vida está ordenada hacia la plenitud de Cristo. Esto significa que todo el universo, desde el Big Bang, es una génesis de Cristo. Creemos que

Jesús es el Cristo, pero también creemos que Cristo es más que Jesús, porque como Verbo encarnado abraza a cada persona, a cada creatura, al universo entero. La plenitud de Cristo se refleja en la rica diversidad de la creación. Esta convicción influye en nuestra acción en el mundo. No buscamos predicar el Evangelio con palabras, ni exhibir exclusivamente nuestra identidad católica; más bien, como personas comprometidas a vivir el Evangelio, buscamos vivirlo con humildad y sencillez. Creemos que cada persona lleva la Palabra de Dios encarnada en sí misma, y que la luz de Cristo brilla en cada persona, (sea o no creyente), en cada creatura, en cada estrella viviente, en cada átomo, en cada manifestación de vida de este universo viviente. Nuestro rol consiste en ser parteras de la bondad de Dios encarnado entre nosotras, “madres” y “hermanas”. Así, Cristo se hace realidad en nuestro mundo, no bajo la forma de una doctrina o de un precepto religioso, sino como manifestación de la bondad de Dios entre nosotros. Por eso creemos que la plenitud de Cristo abraza también a las personas de otras religiones, a las personas sin religión y a la tierra misma. Cuanto más permitamos al amor encarnado de Dios manifestarse en la riqueza de la diversidad de la creación, Cristo será, cada vez más, el centro de este universo, reflejándose en un amor unificador. Lo que queremos, en definitiva, es que todos los pueblos participen en ese compromiso de amar que es el núcleo de la creación.

Como nuestra comunidad actual está compuesta por un pequeño grupo de personas comprometidas, prevemos reunir un grupo más grande que incluya matrimonios o célibes, personas consagradas y no consagradas, y en otro nivel, incluir a personas de otras religiones o a personas de nuestra edad que están en búsqueda. Nuestra esperanza es crear un estilo de vida que funcione como un sistema abierto, susceptible de acoger nuevas intuiciones, nuevas formas de relacionarse con el bien que se manifiesta entre nosotros, nuevos modelos de comunidad, sin expectativas mesiánicas extraordinarias. Creemos que la vida Cristiana es una vida en evolución, una vida orientada hacia un futuro nuevo, y que el cambio es inherente a la vida. Seguir a Jesucristo (como Francisco) significa mirar el futuro, las nuevas promesas y las esperanzas para este universo, un nuevo cielo y una nueva tierra. La vida religiosa, hoy, tiene que comprometerse a vivir la unidad en un amor que trasciende religiones, ideas políticas, económicas y convicciones ideológicas. Ser religiosas no es

distinguirse de los “laicos” como si el mundo fuera un problema para Dios. Ser un religioso consiste en abrazar el mundo como un don de Dios, amarlo, y amándolo dar vida a Cristo dentro de él. Desde nuestro punto de vista, las distinciones canónicas introducidas en la vida religiosa son obstáculo a la dinámica evangélica que no puede realizar aquello hacia lo que tiende, es decir el avènement de la presencia de Dios como futuro del universo. Estamos en evolución y la vida religiosa también tiene que acoger esta evolución.

Buscamos crear una vida que responda a las necesidades presentes de un universo en evolución. Por eso nos interesamos en la tecnología, no sólo como medio de comunicación a través de redes sociales sino también como medio para hacer progresar la evolución hacia una nueva etapa de transhumanismo. Hemos lanzado un programa Franciscano por Internet, para enriquecernos. Su objetivo no es proponer cursos especializados “on line” sino permitir a las personas de todo el mundo profundizar los valores de la espiritualidad franciscana. Creemos que el cambio en los corazones y en las mentes puede llevar a un cambio en el mundo. Favoreciendo una toma de conciencia colectiva, las tecnologías ofrecen nuevas posibilidades de encuentros creativos entre las culturas y las religiones. Esta nueva conciencia global nos empuja a favorecer la integración entre lo espiritual y lo material, entre la energía sagrada y la energía mundana, en una nueva energía humana global. Las tecnologías nos ayudan a reforzar la conciencia de las interrelaciones, la conciencia de que cada persona forma parte del todo.

Conclusión: Dios es futuro. Es Él quien nos crea desde el futuro, de dentro hacia fuera, es decir, empezando por el corazón. Dios desea un corazón nuevo para un mundo nuevo. La vida evangélica franciscana empieza con una evolución interior del corazón. Vivir con un corazón nuevo es vivir desde una conciencia nueva. Es una evolución del yo que nos hace vivir a partir de otro nivel de expansión. Gracias a nuestros valores de conversión, de oración, de relaciones, de pobreza, estamos en paz con nosotros mismos y con los demás y aceptamos la interdependencia como nueva definición de la vida en el universo. Estamos llamados a ser “creadores de la totalidad”, viviendo la colaboración y la compasión, compartiendo las energías y los recursos de la vida. La vida cristiana hay que vivirla desde la pluralidad, a partir de una nueva profundidad, la del amor unificador. Comprendemos que sólo podremos

salvarnos con todo el universo y como continuación del universo. Debemos encontrar nuestro camino hacia el cielo *pasando por* la tierra. Tenemos que vivir con la voluntad profunda de encontrar a Cristo en el centro de la materia, y de prolongar el Cristo en evolución. Como decía Teilhard de Chardin, el mundo sigue creándose todavía, y Cristo alcanza a través de él su realización.

Creemos que la vida Cristiana tiene que ser parte de un todo más amplio. Somos un todo en el todo, y vivimos en un orden en el que los seres están implicados y totalmente interconectados. Por eso estamos llamados a vivir atentos a las conexiones complejas entre todo lo que existe. La vida cristiana franciscana consiste en estar conectada, con el corazón, a todo lo que es vida, sintonizada con la inteligencia profunda de la naturaleza, y llamada irresistiblemente por el Espíritu a expresar nuestros dones de forma creativa en la evolución del yo y del mundo. Somos co-creadores en Cristo, llamados a participar en una evolución que se dirige hacia la plenitud del amor, hacia la unidad de todos los pueblos, en la diversidad de las personas. Nuestro estilo de vida es una apertura dinámica a la novedad de la vida en la que contribuimos a co-crear nuestro futuro.

Cortesía de Vidimus Dominum – El Portal para la Vida Religiosa
www.vidimusdominum.org

Fuente (13-5-2014):

http://vd.pcn.net/es/index.php?option=com_docman&Itemid=34